

Pablo de Rokha contra la teocracia

Mario Boero

Una cosa es hablar de Dios y otra hablar de Dios a otros

Ludwig Wittgenstein

1

La extraordinaria capacidad de Pablo De Rokha (1894-1968) para construir su propio discurso simbólico-religioso, pero dentro de una obra total vacía y desnuda de Dios, no deja de ser paradójico para el lenguaje de la poesía producida a lo largo (del tiempo y de geografía) del país austral. La intensidad de los antecedentes alegóricos de naturaleza sacra, numinosa o mítica que encontramos en Pablo De Rokha no está igualada en magnitud semántica con aquélla que nos pueden ofrecer Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral o Nicanor Parra, si pensamos en términos mucho más recientes y actuales a nosotros.

Dichos antecedentes de carácter poético-literario no residen sólo en obras como *Satanás* (1927), *Jesucristo* (1936) o *Moisés* (1937) escritas por De Rokha en Chile. También en el *corpus* global de su extensa producción no es raro que se hagan presentes metáforas y estilos en su escritura expresados con el lenguaje popular de nuestra habla castellana que revelan de forma muy singular personajes, contextos y perspectivas bíblicas, apocalípticas, revolucionarias o mesiánicas. Dificilísimo debe ser traducir a nuestro autor a otro idioma que no sea el «chileno».

Ese capital simbólico de Pablo De Rokha transforma el tono vital de su texto en cierta materia escrita visionaria al denunciar malestares planetarios y anunciar, casi de modo cósmico, un orden de cosas personales y colectivas inéditas en la Historia. Desde este lugar de propiedades ecuménicas es posible interpretar el carácter profético (pues el anuncio y la denuncia es lo típico que plantea el profetismo en el Antiguo Testamento) que late en tantos espacios narrativos de la escritura de Rokha, así como asociar su profundo timbre poético con el eco que causan William Blake y Lautréamont. También se ha considerado que el contenido de su proclamación báquica-dionisiaca está de un modo especial derivado de posturas irracionalistas de

la filosofía de Nietzsche. Para otros estudiosos, con Pablo De Rokha se produce una verdadera identificación con Walt Whitman en América Latina.

Dada la naturaleza tremendista y descomunal que los analistas observan implícita y explícitamente en el vocabulario rokhiano, para muchos de ellos su propia escritura efectivamente termina por ser la prolongación de su biografía. A lo largo de su existencia de 73 años nuestro autor se ve profundamente implicado en tragedias, insatisfacciones y crisis familiares, literarias y políticas que recuerdan de forma típica un cierto malditismo de contenidos específicamente latinoamericanos. Para Naín Nómez, con el suicidio de Pablo De Rokha nunca en la literatura chilena se había hecho tan evidente la integración total entre personaje y obra¹.

2

Sin entrar en anécdotas que conforman el itinerario biográfico de este poeta, en cierto modo ha sido una desgracia, cuando se habla de él, poner de relieve sus polémicas y controversias con Neruda, o hacer notar el eco público de sus consideraciones comunistas dentro del concierto político nacional de la época, pues ello ha dejado en penumbras el sobresaliente aporte de la calidad de su obra. Sin duda, el paso cronológico de la historia literaria chilena ha puesto las cosas en su lugar y De Rokha tiene el sitio que se merece en la cultura latinoamericana actual. Pero muy pocas veces antes de este lento proceso político-cultural fue posible reconocerlo por parte de la crítica del país. El desprecio, el arrinconamiento y la marginación (intencionada o no) contra él durante años por medios periodísticos de Santiago terminaron por causar un lógico desconocimiento de los valores más profundos existentes en la obra de este deslumbrante autor. A duras penas le fue concedido el Premio Nacional de Literatura en 1965, expresando por supuesto que él lo agradece pero con una sensación de que le llega muy tarde.

Mis impresiones en este momento son contradictorias. Cuando vivía Winett, mi mujer y también mi hijo Carlos, antes de que la familia se destrozara, este galardón me habría embargado de un regocijo tan inmenso, infinitamente superior a la emoción que siento en este momento.

Hoy para un hombre viejo, este reconocimiento nacional, que indudablemente me emociona, no puede tener la misma trascendencia².

¹ Cf. Nómez, Naín, Pablo de Rokha. Una escritura en movimiento, *Documentas*, Chile, 1988, p. 218.

² Nómez, Naín, Op. Cit., p. 209.

Dicho esto, la ignorancia sobre su figura en el escenario poético nacional nunca lo pudo ser del todo. Recordemos que Nicanor Parra considera que la triada establecida en Chile entre Huidobro, Neruda y De Rokha se opone en contenidos conceptuales a la emergencia de su propio quehacer antipoético: en su poema «Manifiesto» del libro *Obra Gruesa* (1969) declara que su lenguaje y mensaje creativo no tienen nada que ver con «el pequeño dios», ni con «la vaca sagrada» ni «con el toro furioso». Para Niall Binns la presencia de esta producción cultural de Parra en este contexto resulta sintomática para comprender las controversias existentes en el interior del mundo literario chileno del momento³.

Con todo, y muy en síntesis, lo característico en la obra de Pablo De Rokha consiste en mantener una mirada profunda sobre variados aspectos culturales, históricos, sociales, afectivos, laborales de nuestro mundo, sobre todo de regiones chilenas típicas del *roto* o el *huaso* del país, pero intentando trascenderlas gracias a un maravilloso relato lírico, con pretensiones épicas, que busca englobar, muchas veces de modo apoteósico, la integridad total del género humano. A partir de estas tentativas, la escritura de De Rokha comienza a mutarse en extraordinarias manifestaciones de barroquismo, con interesantes contribuciones características de surrealismo y, en el plano de la sensibilidad religiosa, brotan en De Rokha premisas indiscutibles de formulaciones ateas. Todo ello proporciona a la obra rokhiana y también a su propia figura, un papel y un carisma muy destacado en décadas dentro de la producción poética-literaria chilena del siglo XX.

3

Las características básicas que deseamos hacer notar ahora en Pablo De Rokha a propósito de su obra, no conocidas en repertorios bibliográficos sobre sus temas, consisten en subrayar dos aspectos, de algún modo divergentes entre sí pero aspirando a presentarlos como asuntos intangibles, aunque en cierta forma en contacto. Por una parte, se busca examinar el sentido tanatológico de su lenguaje poético, es decir, la naturaleza de su discurso sobre la muerte, gracias a un constante pensamiento ateo, aunque no especialmente nihilista. En segundo lugar, se pretende enfocar cuál es el carácter de la racionalidad utópica formulada en su obra, en cuanto transformación real de todo lo existente. A pesar de todos los descabros, crisis

³ Cf. Binns, Niall, «Nicanor Parra y la guerrilla literaria», Cuadernos Hispanoamericanos (537), pp. 83-99, (1995).

y contrasentidos (políticos, económicos, metafísicos, sociales, etc.) causados dentro del mundo que contempla De Rokha, también en medio de este panorama existe una cierta «llamada» en su producción artística que anuncia convertir al mundo en un hogar cálido. Un cierto atisbo de que a pesar de la muerte, la esperanza está en la «inmortalidad» depositada en el patrimonio ético de la conciencia popular.

Señalamos estos dos factores en la obra de Pablo de De Rokha porque, más allá de las formalidades de su tremendismo o el ardor con el que se aprecia (o desprecia) su obra, nos parece que siempre late dicha dualidad (la muerte y lo utópico) como principios (o «términos») holísticos constantes al calor del lugar (*topos*) donde se diseñan las semillas literarias de su singular antropología del pueblo oprimido y proletario. Ese lugar para De Rokha, sobre todo, resulta constituido y amalgamado en su obra por el dolor, la injusticia y la desesperanza (que en teología cristiana sería el mal). Tales adjetivos de propiedades morales hacen el papel de una especie de «bisagra», la cual facilita en su producción la emergencia de connotaciones literarias relativas tanto a la utopía como a lo fanático.

La voz de fondo en el lenguaje provocador y corrosivo de Pablo De Rokha da la impresión de estar sostenida por unas extraordinarias ansias de justicia en clave social, manifestando una especie de «anhelo y nostalgia de que el asesino no pueda triunfar sobre la víctima inocente» (que es una posible caracterización de la «teología» para Max Horkheimer⁴. Pablo De Rokha dice:

«La pobre gente pobre aúlla en las sucias mazmorras del capitalismo y la cirrosis le perfora el hígado al capitán de industria o al chacal mineral intermediario que posee treinta y dos dientes de oro en las mandíbulas y treinta y dos dientes de plata en el cogote de coyote funeral, como si quisiera él solo comerse a dentelladas la naturaleza»⁵.

Es natural considerar que a partir de este espacio declarativo el conjunto de la tanatología de nuestro autor, que respira de forma frontal al marxismo que asume en su vida, exprese un vocabulario en torno a tales ansias revestido de ideología política, anticlericalismo y desteocratización. Como es obvio, por supuesto no habla la obra rokhiana sólo de muerte y utopía, pero son coordenadas que, cuando llegan a formularse de modo evidente

⁴ Marcuse, Popper, H. Horkheimer, A la búsqueda del sentido, *Sígueme, Salamanca, 1975*, p. 106.

⁵ De Rokha, Pablo, *Epopeya del fuego. Antología, Editorial Universidad de Santiago, Chile, 1995*, p. 307.

en el texto, abren sin dudas perspectivas llamativas para examinar qué dice la reflexión antiteísta respecto a la finitud y la esperanza humanas. Pero sobre todo interesa contemplar este asunto en *De Rokha* acompañado, no con las premisas típicas de alguna ideología ortodoxa que fundamenta de modo teórico la increencia, sino con el precioso pensamiento emergente del «marxismo cálido» promovido por Ernst Bloch. Si bien resulta ser un asunto indagativo denso, no deja de ser también atractivo si hacemos constatar algunas líneas generales sobre el tema.

4

Es sabido que la originalidad de Bloch (1885-1977) consiste en formular, con un lenguaje repleto de imágenes literarias, sus principios filosófico-materialistas al calor del desafío que suponen para el hombre contemporáneo la fe, la nada o la muerte dentro del mundo ateo de décadas pasadas. Gracias a obras como *Espíritu de la utopía*, *Ateísmo en el cristianismo*, pero sobre todo debido a *Das Prinzip Hoffnung (El Principio Esperanza)*, este autor toca de modo neurálgico aspectos relativos a la inmortalidad del sujeto y de su posible «trascendencia» en el mundo a pesar del morir. En círculos de reflexión ilustrados europeos, a Bloch se le considera el secularizador de la esperanza religiosa y el padre de la «conciencia anticipadora».

Digamos, quizá en términos algo esquemáticos, que tanto en *De Rokha* como en Bloch el futuro, en cuanto magnitud temporal intrahistórica—dejando de lado la característica filosófica y la discusión en torno al progreso—, está definido por contenidos muy singulares. El futuro se revela como un constante proceso mundano y desacralizador, pero nunca está eliminada de su seno la posibilidad de hacer real lo que el hombre sueña con «sus sueños soñados despierto». Y esto es así puesto que para Bloch el mundo termina por ser considerado como un *laboratorium salutis*, un «laboratorio de salvación», donde siempre permanecen latentes expectativas emancipadoras que facilitan un proceso de realización profundo del ser humano. Satisfacciones artísticas, políticas, sociales, utópicas que pueden ser la aurora de un planeta más pleno.

Es cierto, en este sentido, que el sujeto de esta antropología materialista se encuentra con la mayor «antiutopía», que para Bloch es la muerte, evocada con no poco patetismo en infinidad de lugares por nuestro poeta chileno, pero también en la Historia brotan del hombre anhelos, confianza y porvenir (*docta spes*, «esperanza inteligente», dice Bloch) que iluminan propósitos humanos destacados para toda la Tierra.